

# La siembra del árbol

Parte de la saga

El árbol de las flores negras

Marc Ramos



## I

Las gotas de lluvia repicaban sobre los tejados de las casetas vacías y llenaban los cuencos en los que aún se leían nombres que no eran más que recuerdos. Desde que los perros habían desaparecido de la zona agrícola de Forbbings, la vigilancia en los jardines de las casas del Sendero Fangoso brillaba por su ausencia. La Guardia había optado por no patrullar las calles esa noche tempestuosa y vigilar desde los porches en los puntos de control. En la penumbra de los candiles el rumor del agua sumía a todos los vecinos y vecinas en un sueño profundo. A todos excepto a uno. Pese a la soledad de los campos y el silencio en los caminos, aquella noche era especial. Y fueron precisamente la soledad y el silencio los que propiciaron aquello que aconteció.

Estaba a punto de suceder.

De todas las casas tranquilas y oscuras, había una en la que se escuchaba una risilla nerviosa y traviesa. Si uno poseía una gran sensibilidad auditiva podía apreciar los sigilosos pasos de un ladrón y los latidos de su corazón agitado. Desde el exterior apenas se podían oír sus palabras, pero parecía susurrar para sí, como si tratara de ahuyentar el miedo y los nervios. Cuando escuchó una voz que provenía de una habitación, los pasos del intruso se precipitaron hacia la salida. Por fortuna para él no le descubrieron.

La puerta del cobertizo se abrió lentamente y salió a la intemperie cubierto por una capa. Cruzó deprisa el patio de

aquella pequeña casa mirando hacia atrás en cada momento. A ambos lados del camino había plantados girasoles que entonces miraban al suelo, alicaídos, como vigilantes durmiendo durante su ronda dejando así escapar al intruso. No obstante, desde un cuenco en el que podía leerse “Lupo”, un brillante y alargado insecto observaba atentamente los movimientos del ladronzuelo de nombre Francis, quien cruzaba el Sendero Fangoso bajo la tenue luz de los farolillos para volver a su choza.

El viejo abrió la puerta con suavidad. Era muy tarde, así que debía ser cauteloso. Jerónima estaba dormida en su catre en el salón, seguramente soñando con aquel hueso enterrado en el patio, y Alba seguía en su cámara, roncando. Todo había salido según el plan y estaba eufórico. Podía sentir la semilla guardada en el bolsillo de su peto. Los campesinos dichosos no le habían hecho caso, no creían en lo que él, el sabio Francis, les había explicado. Habían dado la espalda a la oportunidad de hacerse ricos y jamás sufrir de nuevo. ¿Por qué tantas dudas y temores? En fin, ¡qué saben ellos! ¿Acaso es tan difícil de comprender? Habían hallado aquella semilla en un cofre cubierto de brillantes joyas, hecho del material máspreciado y resistente, soñado por carpinteros y herreros. Era evidente que aquel único contenido no podía ser de menor valor. Tenía muchísimo más valor. Una semilla que otorgara a aquel quien la plantara incalculables beneficios y poder. Pero solamente podrían alcanzar esa meta plantando esa semilla. Era muy fácil de entender. Obvio.

Francis debía cambiarse y limpiar la entrada, ya que había arrastrado consigo la tierra mojada del sendero. Se acercó al baúl de la entrada y escondió allí su capa. Cogió una escoba y dibujó en su rostro una sonrisa de oreja a oreja mientras barría. A la mañana siguiente, se pondría manos a la obra.

Dejó la semilla encima de la mesita de noche y se cubrió con la manta. Al cerrar los ojos, la noche se lo llevó rápidamente al mundo de los sueños. Francis volvía de nuevo al sendero del Bosque Gris allí donde los campesinos habían encontrado el cofre. Al viejo le esperaba su amada, dentro de la cueva, con los pies en remojo. Francis avanzó ligero hacia ella, y la mujer se dio la vuelta con una gran sonrisa.

—Felicidades, mi amor. Tú terminarás el trabajo que aquellos necios no han querido llevar a cabo. Tú te lo llevarás todo.

Francis se despertó con dolor de cabeza. Se frotó los ojos suavemente y miró hacia la mesita de noche. Debía empezar a trabajar cuanto antes.

Aquellos días había tenido tiempo para pensar. Desde que Donald y Ronald vinieron con el cofre y la semilla para acceder a su conocimiento sobre agricultura que no había dejado de darle vueltas al asunto. Y cada día se levantaba con nuevas ideas y nuevos proyectos. Pese a no poder recordar nada de lo que soñaba, creía que durante la noche hacía algo más que simplemente dormir. Se sentía determinado y dispuesto a plantar esa semilla y nada podría impedirlo. Era su destino y un prometedor futuro le aguardaba. Y todo estaba dentro de la pequeña pepita en forma de almendra con la misteriosa inscripción.

—Buenos días, papá. Te noto cansado, ¿estás bien?

Francis se pasó la mano por los cuatro pelos que se asomaban por detrás de la coronilla, tratando de aparentar normalidad. Su sonrisa, no obstante, no ayudaba a mejorar su actuación, sus ojos le delataban.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, Alba, no ha ocurrido nada. Dime, ¿han llegado ya?

—Están llegando, sí.

—Hoy hay mucho trabajo que hacer. Más les vale no llegar tarde.

Francis había pensado y estudiado lo que debía hacer con la semilla, cuál sería la mejor manera de plantarla. Este nuevo ejemplar sin duda necesitaría de cuidados muy especiales. Fue una intuición suya, una corazonada. Buscó información acerca de los Altos Lobos en su biblioteca. Eran árboles gigantes, más bien colosales, en cuyos bosques vivían especies exóticas y peligrosas que muy pocos habían conseguido ver en persona. Quizás de esos árboles podría aprender qué peculiaridades esperar del árbol de la semilla. Necesitaría mucho espacio, y mucha luz, seguramente. Riego constante, sí.

¿Hallará su nuevo árbol en Forbbings las mejores condiciones para crecer? ¡Por supuesto! Él tenía los mejores cultivos, la mejor tierra. Era excepcional, nadie en toda la comunidad había logrado jamás superar las cosechas que Francis. Podía cultivar cualquier cosa y estaba seguro de que era obra del destino que aquella semilla cayera en sus manos. Todo encajaba.

La revelación había llegado la mañana en la que se dio cuenta de que, una vez empezara a crecer, ya no necesitaría nada más, pues los frutos que proporcionara aquel nuevo ser cubrirían todas sus necesidades. No necesitaría generar productos que vender al mercado, exportarlos a otras ciudades, negociar precios de venta o pagar sueldos a sus ayudantes en el campo. Todo aquello sería cosa del pasado. Además siempre llegaban tarde, cosa que no podía soportar.

—Desayuna algo. Mira, he preparado...

—¡No puedo, no ves que no tengo tiempo!—gritó Francis—. Te he dicho que hay mucho trabajo que hacer. — Pero no puedes salir con este frío y con el estómago vacío. Llévate una...

—¡No insistas más!

Alba observó con preocupación a su padre que, pese a su edad, mantenía su forma física y mental, aunque ésta última

parecía estar fallándole recientemente. Manifestaba un mal genio impropio de él. La visita de los campesinos había marcado un antes y un después en su actitud y de lo único que hablaba desde entonces era de la dichosa semilla. ¿Qué se le había metido en la cabeza? No dejaba de murmurar sandeces y de salir al patio a mirar por encima de la valla por si los campesinos salían a decirle que habían plantado la semilla. Estaba obsesionado. Acarició a Jerónima que pedía que le llenara el cuenco. Su padre también había dejado a un lado a su perrita, a la que tanto quería. Apartó la cortina del salón para poder ver los campos de cultivo. Francis daba órdenes a sus ayudantes enérgicamente.

Al cabo de unas horas, Francis volvió a entrar en casa. Alba salió de su taller de costura.

—¿Quieres comer algo, papá?

—Ya he comido en el campo. —Alba vio que no mentía.

Francis sostenía una manzana en su mano derecha. La mordió y siguió caminando hasta la biblioteca, donde se encerró el resto de la tarde. Alba decidió salir a inspeccionar el campo, así que fue al baúl para recoger su capa. Al abrirlo, se llevó una desagradable sorpresa: estaba mojada y sucia de barro, y olía bastante mal. Confusa, volvió a dejarla en el baúl. Como hacía bastante frío aquella noche, decidió esperar al día siguiente. Se sentó frente al fuego del hogar y terminó de enmendar unos calcetines a la luz de las llamas.

Los truenos que se escuchaban en la lejanía se mezclaban con el canto de los búhos. Pero había otro sonido, mecánico y repetitivo, que surgía del campo de cultivo. Como si siguiera las órdenes de un director de orquesta o de un capitán de regimiento, el sonido seguía un patrón perfecto sin vacilar en el ritmo. Se alargó hasta bien entrada la noche, momento en el que se detuvo en seco.

Francis volvió aquella noche al mundo de las ensoñaciones de la mano de su amada y prometida. Paseaban por Forbbings donde todos les bendecían con reverencias, flores y canciones. Él estaba feliz y todo se lo debía a la semilla. El día no podía ser más soleado y el cielo no podía ser más azul. Incluso el mismo rey agradecía al campesino el haber traído al mundo aquel ser maravilloso y lleno de esperanza. Le honraron con un título nobiliario y un gran palacio, donde no le faltaría nada. Desde lo alto del balcón del castillo de Forbbings, Francis y su amada Cornelia saludaban con una gran sonrisa al pueblo que les aplaudían.

—Será magnífico, será memorable. Tu nombre llegará más lejos que cualquier dinastía. Seremos para siempre—le canturreó su amada al oído.

Desde la balconada podía ver más allá del Sendero Fangoso. Detuvo su mirada en el Bosque Gris y las voces del gentío se fueron apagando poco a poco. El cielo azul perdió paulatinamente su deslumbrante color. Francis deshizo su sonrisa. Ya no había nadie a su alrededor.

El Bosque Gris. Ahí fue donde empezó todo. Desde que el mal entró en sus senderos, los árboles habían perdido las hojas y se habían ahogado en un terreno donde nada podía brotar. El mal había contaminado el bosque para que los campos de cultivo de Francis fuesen los mejores de la región. Y cuando Francis llegó de Volion para adquirir la propiedad de los Palmer, labró la tierra y dio fe de los prodigios que el mal era capaz de hacer realidad. Así él había conseguido tener las cosechas perfectas, estación tras estación, de una calidad sin parangón.

El sol salió de detrás de las montañas de las Minas. El día había llegado al fin. Las argucias que habían tramado los agentes del Mal estaban a punto de dar resultado. Solamente



faltaba el último paso. La carga energética con la que Francis custodiaba la semilla era ideal; todo aquel rencor, ansia, envidia y codicia serían un perfecto aliciente.

El viejo campesino, cegado por el peso que llevaba dentro de sí, salió al exterior para seguir con su tarea. Mientras tanto, Alba observaba desde la ventana de la cocina el Sendero Fangoso. Siguió con la mirada la silueta de las casas. Las murallas protegían la ciudad de Forbbings al fondo de la escena, culminada por la fortaleza. A veces se sobrecogía por la elegancia de la ciudad y la amabilidad de sus gentes. Suspiró y dejó los platos en la estantería. Estaba preocupada, no podía dejar de pensar en su padre y en la semilla de la que no dejaba de hablar.

Jerónima corrió hacia ella y Alba la cogió en brazos. El animal sacaba la lengua tratando de besar a su dueña.

—Quieta, Jerónima. ¿Qué? ¿Quieres ir a dar una vuelta?

Abrió la puerta trasera y recorrió el cerco que rodeaba la casa y giró hacia la derecha. Los Montes Cercanos eran una gran masa negra alzándose ante ella en el crepúsculo. A medida que avanzaba, los cultivos menguaban. Más adelante, descubrió algo que la dejó boquiabierto. Jerónima ladraba al viento helado.

—No puede ser, ¿qué ha hecho?

Allí donde antes crecían los cultivos más productivos y bellos de la región de Forbbings había un gran círculo de tierra batida y raíces arrancadas. Francis había despejado el terreno de sus campos para dejar sitio a su obsesión. Había ido demasiado lejos. Se dio la vuelta y vio que su padre se acercaba. Llevaba una pala en la mano.

—Alba, ¿qué estás haciendo aquí afuera?—gritó.

—Eso mismo quisiera saber yo.

—Cogerás frío. Entra en casa, por favor.

—Has destrozado tus cultivos, ¿qué pretendes con eso?—  
Alba creía que se desmayaba. Sintió un hormigueo en la espalda.

—No debes preocuparte de nada, todo se arreglará. ¡Tengo la semilla que aquellos dichosos campesinos encontraron y pienso plantarla! Nos dará todo lo que necesitamos. Será un árbol magnífico y milagroso, ¡edhoc nutk!

—¿Qué? ¿Les has robado semilla? Esto es horrible, papá—  
Alba le miraba con miedo. Sus ojos se humedecieron.

Jerónima comenzó a ladrar.

—Edhoc nutk.

La perra empezó a agitarse y a dar cabezazos y Alba tuvo que soltarla. Francis se sacó la pepita del bolsillo del peto.

—¡Mírala, mírala bien! Hoy comienza nuestra nueva vida—  
Francis alzó la semilla dentro de su puño y lo agitó.

La semilla se iba alimentando de su codicia. Jerónima seguía ladrando, parecía estar furiosa. Quiso acercarse a Francis y el viejo la amenazó con la pala.

—¿Qué haces, papá? No sigas, creo que es realmente una mala idea.

Las nubes en el cielo les observaban. Las montañas parecían distantes gigantes silenciosos. El Bosque Gris agitaba las ramas de sus árboles.

—Debo hacerlo, ya es tarde. La plantaré te guste o no. Terminaré el hoyo, ¿quieres ayudarme?

En aquel momento Jerónima se lanzó a la pierna de Francis y la mordió con toda su rabia. El viejo dio un grito de dolor. Dejó la pala y agarró por el cuello al can. Jerónima le soltó y gruñó con ferocidad.

—¡No muerdas más a papá! ¿Me oyes?

Pero haciendo caso omiso de esa orden, Jerónima saltó para morder la mano con la que sujetaba la semilla.



Gatorretas

Francis abrió la mano y volvió a exclamar de dolor. La semilla cayó al suelo y Alba corrió para cogerla, pero Jerónima llegó primero y se la comió. Alba recogió a la perrita en brazos e intentó arrebatarérsela de entre los dientes pero fue demasiado tarde. Francis asió la pala con la respiración agitada.

—Dámela. ¡DÁMELA!

Jerónima se había tragado la semilla y debía recuperarla. Alba corrió y entró de nuevo en casa. Francis la siguió al son de los truenos.

El viejo cerró la puerta tras de sí y encontró a Alba en el salón con la perra en los brazos y completamente inmóvil. Al otro lado de la casa, en el recibidor, había cuatro figuras vestidas de tonos oscuros, con capas negras y cascos con largos cuernos. No podía verlas con claridad pero eran téticas. Estaban allí de pie, sin moverse.

Aparentemente, expectantes.

Alba miró a su padre, aterrada. El viejo se acercó lentamente, pidiendo a su hija que le diera a Jerónima con los brazos extendidos. Alba se negaba en redondo y se alejaba. El viejo corrió y la cogió fuerte del brazo, suplicando que no hiciera aquello más difícil de lo que ya era. Jerónima había dejado de ladrar, parecía tener otras cosas más importantes en las que centrarse en ese momento. Los gritos se alzaron en el hogar, las amenazas crecían en gravedad y los objetos empezaron a volar por los aires, lanzados por uno y por otro. Ante ellos, las figuras seguían esperando.

Finalmente, un plato acertó en la sien de la desgraciada modista y ésta perdió el conocimiento. La perra saltó de sus brazos y aterrizó con torpeza, golpeándose el hocico. Corrió hacia el comedor donde se escondió debajo de la mesa, tiritando. Francis abrió el baúl para coger su capa sucia. Estaba tan cerca de los observadores que podía oler su ropa

de viaje. El campesino apartó las sillas y retuvo a Jerónima bajo la mugriento capa. La perra se defendió con las pocas fuerzas que le quedaban. Una vez la tuvo bajo control, la llevó al campo de cultivo.

El camino estaba rodeado entonces solo por una vacía promesa. Francis se acercó al profundo agujero que había cavado y bajo en él. Descubrió a Jerónima y la colocó con cuidado. Dudó un instante, pero luego pensó: “Lo he conseguido, la semilla está plantada”.

Fue a por las herramientas y comenzó a echar tierra hasta allanar el terreno. Le palpitaban las sienes y notaba los músculos rígidos y ardientes. Pero entonces el suelo comenzó a temblar. La arena giraba ante él creando una espiral cuyo movimiento era cada vez más rápido. Dio unos pasos hacia atrás con miedo, estaba aterrado, pero antes de que estuviera demasiado lejos Jerónima resurgió de bajo tierra, fuera de sí. Su cuerpo parecía haber doblado el tamaño y su cola crecía hasta perderse en el centro de la espiral. Francis gritó de horror. Se había convertido en un ser horrendo. Tenía unas patas gruesas y fuertes, y unos amenazantes colmillos bañados en espuma amarillenta. La acompañaba una bruma verde que emanaba del agujero. Jerónima quería llevarse a su amo allá donde él había querido enterrarla. Los gruñidos que provocaba el monstruo retumbaban en la cabeza del campesino como truenos en una noche de primavera. El alboroto había alertado a los vecinos, que no llegaron a tiempo para ver lo que estaba sucediendo.

Jerónima apresó a su dueño. La fuerza de sus mandíbulas era tal que finalmente le arrancó el pie. Antes de quedarse inconsciente, las cuatro figuras negras de extravagantes cascos se manifestaron en los campos de cultivo. La tierra estaba marcada con sangre. Entre ellas, una quinta figura quiso despedirse del viejo. Francis se desplomó y su perra le llevó

finalmente bajo tierra. El silencio volvió a imponerse en los campos de cultivo. La parcela exhalaba una niebla verdosa que olía a muerte.

—Edhoc nutk.

Bajo tierra, un rumor comenzó a oírse.

Segundos más tarde se alzó un gran clamor, pero no fue un clamor audible para los hombres y mujeres de Forbbings. Eran gritos de auxilio que venían de todos y cada uno de los árboles, flores y cultivos en kilómetros a la redonda. Un insecto alargado que sobrevolaba los campos logró escucharlo y se estremeció. Debía marchar de allí lo antes posible. En aquel preciso instante, el árbol de las flores negras germinaba.

